

FRANCISCO PIMENTEL

Nació en Aguascalientes, Ags., el 2 de diciembre de 1832. Murió en la ciudad de México en 1893.

Lingüista e historiador, colaboró con Orozco y Berra en su *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. Presidió el Liceo Hidalgo.

Publicó: *Cuadro Comparativo y Descriptivo de las Lenguas Indígenas de México*, (1862); *Memoria sobre las Causas que han originado la situación actual de la Raza Indígena de México y medio de remediarla*, (1864); *Economía Política aplicada a la Propiedad Territorial en México*, (1866); *Biografía y Crítica de los Principales Poetas Mexicanos*, (1868); *Historia Crítica de la Poesía en México*, (1883). En 1904 se hizo una edición completa de sus obras en cinco volúmenes.

Buena información nos dan: Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos*, México, Imp. de Ignacio Escalante, 1880, XLI-225 p.; Francisco Sosa en *Los Contemporáneos...*; e Ireneo Paz, en *Los hombres prominentes de México...*

Fuente: Francisco Pimentel. *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días. Poetas*. 2a. ed. México, Librería de la Enseñanza, 1890. VIII-836 p. ils. p. 276-281.

D. JOSE MANUEL SARTORIO

Si la virtud, la ciencia y el patriotismo son motivos suficientes para obtener el aprecio y el respeto de nuestros conciudadanos, pocos hombres lo merecerán tanto como el presbítero D. JOSÉ MANUEL SARTORIO, cuya biografía vamos a escribir en pocas palabras.

Nació en México a 17 de Abril de 1746, siendo sus padres D. Jorge José Sartorio, italiano, y Dña. Josefa Cano, mexicana, personas virtuosas y de familia decente, aunque de muy escasa fortuna.

D. José dio personalmente lecciones de leer a su hijo, y después lo entregó al profesor de latín D. Ildefonso Falcón, quien quedó tan prendado del raro y pronto aprovechamiento del niño, que renunció a los honorarios que le correspondían, dándose por retribuido con tener un discípulo tan aventajado.

Entró éste después al colegio de San Ildefonso, el cual estaba a cargo de los padres jesuitas, y allí terminó el curso de

artes con tal perfección, que el padre Rodríguez decía: “explica la cátedra mejor que sus maestros”.

Con semejantes resultados y recomendaciones, adquirió Sartorio una fama extraordinaria, que fue confirmada por el siguiente suceso. Llamaban en el colegio *lección de refectorio* a un ejercicio literario considerado como ensayo de los estudiantes, y tocándole una vez al joven José Manuel, manifestaron los concurrentes el deseo de ver algo extraordinario. Nuestro estudiante llevaba su composición en prosa; pero deseoso de satisfacer a los espectadores, y después de una corta meditación, recitó varios dísticos latinos tan buenos, que según algunos eclesiásticos ilustrados, presentes al acto, ellos no los hubieran compuesto sino después de largas y profundas meditaciones.

El mérito de Sartorio fue premiado por los padres jesuitas dándole una beca de gracia en el referido colegio de San Ildefonso; pero tuvo la mala suerte de no disfrutar aquel beneficio más de cuatro años, a consecuencia de la expulsión de la Compañía, de manera que en lo sucesivo se vio obligado a estudiar sin maestro, pues su pobreza no le permitió volver al colegio.

Más adelante, y ya en edad de tomar estado, abrazó el eclesiástico, comprobando durante su vida lo acertado de su vocación, pues fue modelo de sacerdote evangélico: de costumbres honestas y recogidas, de trato suave y afable, piadoso sin límites, caritativo con ardor, infatigable en el confesionario y en el púlpito, consolando al encarcelado, instruyendo al ignorante y socorriendo al desvalido. La humildad de nuestro D. Manuel era tan extremada, que no quiso nunca usar reloj porque le parecía una alhaja de lujo, y su modestia llegó al extremo de no admitir el grado de doctor. Habiéndosele facilitado dinero para tomar la borla, lo invirtió en libros, que no tuvo de puro adorno, sino para estudiarlos profundamente.

En efecto, Sartorio fue hombre de instrucción rara para su época, principalmente en lenguas vivas, que entonces se estudiaban poco en México, y los contemporáneos confesaron siempre su buen talento, viva penetración y gran memoria.

Sin embargo de todos esos méritos, no ascendió en la carrera eclesiástica, y jamás pasó de simple presbítero. Se aprovechaban sus conocimientos como censor, se le consultaban casos de conciencia y negocios graves; pero todos los empleos que obtuvo fueron secundarios. El primer cargo que desempeñó fue el de rector de infantes en la catedral; después se le nombró sucesivamente catedrático de historia y disciplina eclesiástica

en el colegio de Tepozotlán, capellán del convento del Espíritu Santo, prefecto espiritual de cárceles, y para otros cargos por el estilo, siendo el destino más importante que ocupó (durante el gobierno colonial) el de prosecretario del cabildo metropolitano.

En cuanto a honores literarios, sabemos que fue presidente de la Academia de ciencias morales denominada San Joaquín, así como de la de humanidades y bellas letras de San Ildefonso.

Fácilmente se comprenderá por qué no ascendió Sartorio en la carrera eclesiástica, si se reflexiona que era mexicano y afecto a los jesuitas: es sabido que en tiempo del gobierno colonial los españoles americanos (como se llamaban entonces) estaban generalmente excluidos de los principales puestos, y que el odio a los jesuitas era tal que el Arzobispo mismo puso dificultades en ordenar a Sartorio porque seguía las doctrinas del famoso Suárez.

Nada, sin embargo, debe haberle molestado la falta de dignidades, si atendemos a que era la personificación de la humildad y de la modestia, y cuando, por otra parte, se hallaba retribuido de una manera más valiosa para un corazón verdaderamente grande: en lugar de cargos molestos y de honores vulgares, Sartorio obtuvo el amor y el respeto de todos, desde las personas de clase más elevada hasta las más pobres.

En la guerra de independencia fue Sartorio el consuelo de los mexicanos, al mismo tiempo que contribuía poderosamente, en su esfera, a la emancipación de su país, arrostrando el odio de los gobernantes españoles y de sus partidarios, con gran serenidad y valor. Sabemos, en efecto, que el Virrey ordenó a todos los predicadores combatiesen la rebelión; pero Sartorio se negó completamente, y más adelante resistió de la misma manera el bando de 25 de Junio, 1813, en que Venegas sujetó a la jurisdicción militar a los eclesiásticos que tomasen parte en la guerra.

Al mismo tiempo que Sartorio daba esas pruebas de firmeza, usaba de prudencia y sabiduría para calmar los ánimos: a él se le debió haber aquietado las conciencias, desvanecido escrúpulos de las personas demasiado timoratas, y restablecido la concordia en las familias, haciendo ver que no era crimen la resistencia al gobierno español, y que no debían considerarse como rebeldes a Dios ni al rey los defensores de la Independencia.

Sartorio, como verdadero liberal, es decir, enemigo de la tiranía y también del desorden, recibió con aplauso la reforma del año 12. "Mi patria es mi adoración", decía frecuentemente, y fue tanto lo que trabajó por ella, que a su muerte mereció se pusiesen en su catafalco las siguientes palabras:

Sacro Hidalgo, tú, en la obra héroe notorio
Y en la palabra tú, sacro Sartorio.

Era muy natural que el patriotismo del digno eclesiástico le ocasionase muchos disgustos: efectivamente, el Virrey de México excitó al Arzobispo para que corrigiese a aquel clérigo rebelde, y el fiscal de la Inquisición procuró instigar contra él al terrible tribunal; y hubiera sido reducido a prisión a no intervenir en favor suyo la Condesa de Regla. Sin embargo, no le fue posible libertarse de las injurias de algunos particulares: cierto día unos españoles de bajo linaje le insultaron públicamente, y otra vez un español rico le despidió de su casa.

No por esto se crea que Sartorio perdió el aprecio general, por el contrario, aumentó entre sus conciudadanos de tal manera, que en las elecciones populares de ayuntamiento, verificadas a consecuencia de la constitución española, fue nombrado elector por la parroquia de San Miguel, y el pueblo entusiasmado se apoderó de un coche, en que iba, para conducirlo.

Consumada la independendencia, fue nombrado Vocal de la Soberana Junta gubernativa, y como tal firmó la acta de nuestra emancipación política, habiendo tenido la honra de dedicar en la función de gracias que se celebró en la catedral de México, al día siguiente de la entrada del ejército libertador.

Como miembro de la Junta Gubernativa, trabajó mucho Sartorio en la restauración de la Compañía de Jesús; pero no consiguió nada absolutamente, y sea cual fuere la opinión que se tenga acerca de los jesuitas, es de alabar en Sartorio la gratitud que le guiaba al tratar de favorecer a sus antiguos maestros y bienhechores.

Fueron muy notables la amistad y las relaciones que unieron a Sartorio con Iturbide, y él fue quien, a nombre del clero, le felicitó por su exaltación al trono, recibiendo más adelante del Emperador mismo la cruz de Guadalupe; y la consideró tan honorífica, que no obstante su modestia, la llevó con agrado hasta el fin de sus días.

La amistad de Sartorio con Iturbide, ocasionó a aquél tantos o mayores disgustos que los tenidos con el gobierno español, y se halló a pique de ser envuelto en la proscripción a que fueron condenados los amigos del libertador de México; pero su mucha respetabilidad le salvó por segunda vez.

Los últimos años de Sartorio fueron amargados por los trastornos políticos de su patria, que no podía ver con indiferencia.

Murió a la edad de 82 años, tan pobre como había vivido; pero se le hicieron notables exequias por la Archicofradía que fundó Cortés con el nombre del Señor de la Misericordia, asistiendo las personas más notables, y pronunciando la oración fúnebre el doctor Torres Guzmán. Fue enterrado en Nuestra Señora de los Angeles y se puso sobre su sepulcro el siguiente epitafio que él mismo había escrito.

“Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna,
Is fuit orator, nunc tacet: hospes abi.”

La traducción libre, hecha también por Sartorio, es la siguiente:

Oculto bajo de esta
Losa triste y funesta,
Yace el pobre Sartorio,
Fue orador, aplaudiole su auditorio;
Mas nunca ha predicado—
Mejor que ahora callado—
La muerte; en fin, su asunto fue postrero
Oye el sermón, y vete, pasajero.